



Jesús Zapico, enfermo de silicosis confinado en su vivienda de Lugones de Llanera desde la declaración del estado de alarma. DAVID S. BUSTAMANTE

## Silicosis, vejez y virus, la triple amenaza en la cuenca minera

Cientos de afectados afrontan la crisis sanitaria aislándose en domicilios y geriátricos

JAVIER ESPINOSA

LUGO DE LLANERA (ASTURIAS)

El coronavirus dista mucho de ser la primera crisis que ha tenido que enfrentar Jesús Zapico en sus 83 años de vida. Ni siquiera la más grave. Los desafíos se acumularon desde que nació en el seno de una humilde familia asturiana. Tan pobre que debía disputar la comida a los cerdos. Uno de ellos le arrancó un dedo cuando tenía sólo 4 años. «Le intenté robar unas pataticas y zampomele (sic), y si no corro, me zampa la mano», recuerda.

La falta de alimentos y las penurias dejaron huérfano a Zapico en 1941. «Aquí lo normal era morir-se», dice. Era sólo un *guaje* (niño) pero aquella experiencia le marcó de tal forma que ahora se enfrenta al Covid-19 con un temple que desconcierta. Cuando el visitante se excusa por no estrecharle la mano, es el propio lugareño quien recurre al humor negro para intentar agarrar la del informador. Precisamente con la que sólo exhibe cuatro dedos. «Espera que ya te la doy yo», dice entre sonrisas, alargando la extremidad mientras el reportero mantiene la distancia.

La angustia actual que domina a una gran parte de la sociedad española quizás sea una sensación ajena a quien lleva décadas bregando con las carencias y la adversidad, pero Zapico figura entre un sector de la población especialmente vulnerable al posible efecto de la epidemia: la comunidad de enfermos de silicosis, una dolencia respiratoria que pese al declive de la minería en España —a la que siempre se asoció— acumula cientos de nuevos casos cada año.

«Esta gente se enfrenta a un severo riesgo para su vida. Cuando tienes un grado 3 de silicosis cualquier afección hace que agarres el tren para otra parte», explica Javier Vázquez, responsable en Asturias de Salud Laboral de Industrias en el sindicato CCOO.

Según el Instituto Nacional de Silicosis (INS), en 2018 se registraron 270 nuevos afectados. «El número acumulado puede ser de miles. La mayoría de los que fueron mineros salieron con algún grado de silicosis», añade el sindicalista.

Zapico fue minero por «necesidad» y por «fame» (hambre). Comenzó cuando tenía 14 años. Otro



Uno de los internos en el centro geriátrico La Minería, en la localidad de Felechosa.

niño minero de los muchos que malvivieron en las cuencas de Asturias. Según su relato, allí tuvo que lidiar con jornadas interminables bajo un invierno que podía acumular hasta tres metros de nieve, la represión de la dictadura franquista —sufrió un año en la cárcel y más de una década de destierro— y finalmente el legado que heredaron muchos de sus compañeros. Lo llamaban el *bicho*.

A Zapico le diagnosticaron el nivel 2 de silicosis en 1974 y lo jubilaron. Con el tiempo, la dolencia se agravó hasta el máximo grado, el 3. Llegó a pasar meses enganchado durante casi 18 horas a la bomba de oxígeno, aunque ahora le basta con un inhalador de bolsillo. «Lo uso cuando me da algún *arrechucho*», dice paseando junto al hórreo que hay ante su domicilio, a las afueras de Lugo de Llanera.

Frente a la retórica casi bélica de estos días, Zapico se encoge de hombros. «¿Preocupado yo? No hombre. Yo estoy bien aquí. De eso sólo sé lo que escucho en la tele. Si dicen que ya murieron ni se sabe cuántos», asegura.

En el entorno rural donde vive Zapico, el confinamiento domiciliario se está desarrollando de una manera menos opresiva que en las grandes urbes como Gijón, donde se multiplican las patrullas de las fuerzas de seguridad, la presencia del Ejército o los paneles instalados en las autopistas que recuerdan a cada instante la difícil situación que enfrenta el país: «Coronavirus. Estado de Alarma. Prohibidos viajes no justificados».

Lugo de Llanera enfrenta el mismo panorama del resto de España. Con calles casi sin presencia peatonal y negocios clausurados. «Me han cerrado hasta el bar del Hogar del Pensionista. Venía todos los días a tomarme un cafecito», explica Zapico señalando el edificio cerrado ubicado junto a su vivienda.

En los pueblos asturianos muchos de los vecinos disponen de amplias parcelas con huerto propio que les permiten pasar todo el tiempo que deseen en el exterior. Un privilegio que no comparte Onofre García, otro enfermo de silicosis que habita en El Entregro, uno de los nombres más simbólicos de la antigua cuenca minera.

García, de 57 años, fue barrenador —aquellos que horadaban los agujeros donde se colocaban los explosivos— hasta que descubrió que tenía el tercer grado de silicosis en 2004. La aparición del Covid-19 le ha recluso en su piso desde el viernes pasado. «Antes hacía una vida normal pero ahora no salgo *pa' na'* y aquí no entra nadie. Ni siquiera el chaval (su hijo), que se marchó con su hermana. Era un riesgo añadido».

El aislamiento más estricto se ha extendido a otros antiguos compañeros de profesión de Zapico, los que ahora habitan la Residencia La Minería de la localidad de Felechosa. El centro geriátrico, que acoge a 160 residentes, incluida una decena de afectados de silicosis, ha reforzado las restricciones internas ante la mortandad que se está registrando en otras instalaciones similares.

«Mantendremos el mayor tiempo posible a los residentes en sus habitaciones con todos los servicios posibles. Hay que organizarlos para evitar masificaciones en las zonas comunes donde el riesgo de contagio es mayor», refiere el director del centro, Leonardo Díaz.

La Minería recibió este jueves nuevos suministros de material de protección para su personal, una de las carencias que más están



acusando este tipo de residencias, que en Asturias acogen a cerca de 14.000 personas, según el cálculo del diario *La Nueva España*.

«O nos suministran urgentemente equipos de protección o el colapso del sistema se producirá esta semana. Estamos al límite», alertó el viernes Arsenio Alonso, presidente de la Asociación de Geriátricos del Principado.

La Minería —un imponente edificio situado al pie de una cordillera nevada— suprimió el pasado viernes las visitas de los familiares y el resto de las actividades complementarias que ofrecía a sus inquilinos (peluquería, fisioterapia, etc.). El geriátrico está colgando en Facebook algunas de las conversaciones de los ancianos con sus allegados. En una de ellas, Visitación Tuñón, de 99 años, saluda a su nieta y ambas no esconden la angustia. «Es de locos, es como lo de la guerra», le dice la joven a lo que la anciana responde: «Son principios, así pasó la otra vez (en alusión al conflicto civil que asoló España)».

Dice la psicóloga del centro que no todos los abuelos comparten es-

**«Con silicosis, cualquier afección hace que agarres el tren para otra parte»**

**«Estoy acojonado. Llevo una semana sin salir. Si me pilla, estoy fulminado»**

te estado de ánimo. Los hay que mantienen la disposición de Zapico y que le responden: «bueno, de algo tengo que marchar».

Tras la práctica desaparición del sector del carbón nacional, las estadísticas del INS demuestran que la mayoría de los nuevos pacientes a los que se les diagnostica silicosis proceden ahora de las fábricas de pizarra o los yacimientos de granito y cuarzo de regiones como Galicia, Castilla León o Andalucía.

Sólo en el hospital Álvaro Cunqueiro de la ciudad de Vigo se han confirmado 400 pacientes de este conglomerado, como apunta Juan Carlos Giráldez, presidente de la Asociación de Afectados por las Silicosis de Galicia. Todos ellos presentan el mismo cuadro de fibrosis e insuficiencia respiratoria. «Por eso estamos acojonados. Yo llevo una semana sin salir de casa y sin recibir visitas. Si me pilla, estoy fulminado», afirma el gallego.

El pasado jueves, el último día que se aventuró en el exterior, Giráldez acudió a un hospital de La Coruña para comenzar las pruebas que confirmen si puede recibir un trasplante de pulmón, el último recurso. «A ver cómo las hago. Me da miedo ir a un hospital, pero tampoco puedo esperar», concluye.

## Expertos en clausura: «La reclusión es la verdadera libertad»

Benedictinos de El Paular con décadas de confinamiento cuentan cómo se vive sin salir

**RAFAEL J. ÁLVAREZ MADRID**

El padre Joaquín se ha levantado a las 5.15 horas y esta noche, a las 10 en punto, oír un timbre para guardar silencio absoluto hasta el día siguiente. Entre su despertador privado y el aviso colectivo, habrá vivido 17 horas en comunidad sin pisar la calle. Se habrá encerrado a ratos en su habitación. Habrá limpiado el monasterio. Habrá ensayado cánticos con sus compañeros. Habrá rezado en común y a solas. Habrá comido y cenado con los demás. Habrá leído la prensa y el e-mail. Y habrá reído. O no.

Y así lleva 21 años. Lejos del mundo y cerca de Dios y de otros hombres como él. Porque vive muros adentro. Sin pisar la calle. Confinado.

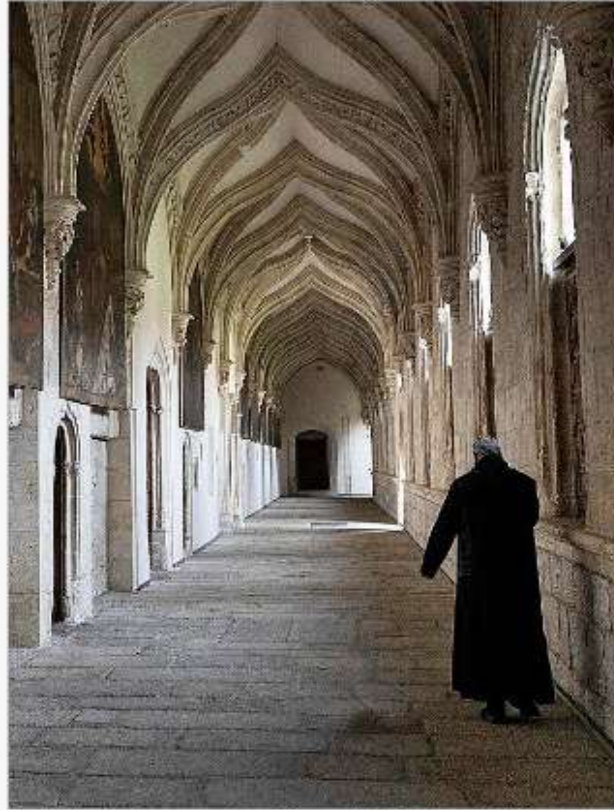
Joaquín es él y otros seis monjes del Monasterio de El Paular, siete personas entre paredes, una familia rara, elegida y enclaustrada. ¿En qué se parecerán a nuestra nueva vida?

Con ustedes, los expertos en clausura.

«La reclusión es la verdadera libertad. Nuestra riqueza es el silencio y la paz. Y si este confinamiento a que se ve obligada la sociedad sirve para que las personas se encuentren a sí mismas y para compartir con los demás, habrá merecido la pena».

Estamos —a distancia telemática— en el Monasterio Benedictino de El Paular, en los finales del noroeste de Madrid. Aquí hay una hospedería para viajeros ocasionales y un convento para naufragos voluntarios y eternos. Son los siete hombres que un día decidieron abandonar una vida como las nuestras y recluirse en un estado de alarma sin alarma alguna. «Nuestra clausura y la de la sociedad no se pueden comparar, pero hay algo que sí se parece: el valor de compartir. Quizá sea un buen momento para estrechar relaciones y hacer un hogar comunitario. El amor a la familia. Y aquí también somos una familia».

Los monjes rezan juntos a las 6.30 horas, a las 8.00, a las 14.00, a las 20.00, y a las 22.00. Y en la soledad de sus habitaciones a las 7.10 y a las 19.00. En común desayunan a las 8.40, comen a las 14.15 y cenán sobre las 20.40, dependiendo de la atención a los huéspedes. En medio de ese horario, hacen trabajos en la hospedería, en la biblioteca y en la enfermería o trajan en labores de limpieza, de mantenimiento



El padre Joaquín, la semana pasada en el Monasterio de El Paular, en Madrid. ALBERTO DI LOLLÍ

**«Si se halla el valor de vivir en común, el tiempo de desastre será de gracia»**

**El más veterano lleva enclaustrado aquí 65 años. Los demás 28, 21, 17, 9 y 6**

de intendencia... Y transitan dos momentos de vida en común sin tareas, sólo por el permiso de compartirse unos a otros. «A las dos y cuarto de la tarde y a las nueve y media de la noche tenemos la 'recreación', un tiempo obligatorio en una sala con sillones y sillas donde hablamos, comentamos las noticias y hasta nos contamos chistes. A veces no hay nada que decir y a veces hablamos de lo más absurdo. Pero es un momento clave de comunicación».

El resto es casi todo silencio. «No

tenemos voto de silencio, pero tenemos hacia él. Nuestra vida cotidiana se gestiona con la máxima de San Benito: *Oru et labora*, un tiempo dedicado a la oración, la liturgia de las horas, las lecturas divinas y el trabajo dentro del monasterio».

El jesuita Jaime Tatay es profesor en la Universidad Pontificia de Comillas y sabe de asfalto. Pero ha pasado varias temporadas refugiado aquí. Así que puede comparar. «La vida en clausura modifica el espacio vital, el tiempo y las relaciones. El confinamiento obligado de la sociedad supone un parón abrupto y repentino de su rutina. La vida que conocíamos se detiene y nos obliga a parar, a pensar, a escuchar... Nada de lo que hacíamos ha resultado ser tan importante. La agenda se vacía. El silencio irrumpe».

Rutina. La canija gran palabra social de la pandemia. No sale en las noticias, pero es la noticia de todos.

La rutina de los monjes benedictinos es absoluta, una vida en un reloj. «Se trata de sacar algo del interior de cada uno, algo nuevo que nos haga ver que ese día es diferente. Para una familia, ahora será or-

ganizar el día, saber qué hacer en recogimiento: jugar, leer, ver la tele juntos, estudiar, hacer ejercicio... Si no hay espacio en el salón para jugar, a lo mejor es bueno correr el sofá. Los padres tienen deberes con sus hijos. Es vivir en común. Y a eso no estamos acostumbrados».

—Vale, pero ¿cómo se gestiona un roce de convivencia en clausura?

—Como en cualquier casa o trabajo, desde el respeto al otro y el amor fraterno. Y eso pasa por relativizar las cosas, que en general son tonterías y las hacemos un mundo. Eso se vence con humildad y perdón. Si no, la convivencia es imposible. Lo más difícil de nuestra vida es lo más bonito: la convivencia. Sobre todo, si se parece al encuentro con Dios».

Entre la clausura de estos monjes y la de millones de personas hay mil diferencias. Ellos la eligieron y creen en Dios. Los demás han sido involuntariamente reclusos y no todos tienen a Dios. Aquí, en esta isla de piedra y de siglos, hay espacios individuales, «celdas», como las llaman los monjes. Pero quién sabe cuántos miles de familias viven en casas con una sola habitación o en la habitación de una casa. Es el mundo de los encerrados sin

intimidad. «Tener un espacio de soledad es muy difícil para algunas familias. Pero las personas saben arreglárselas para buscar ese rincón».

Imaginemos a siete personas en la rutina de la clausura. Una de ellas, el monje más veterano, lleva aquí 65 años. Las demás 28, 21, 17, 9 y 6 años. Siete personas intramuros. A veces a solas y a veces en grupo. A veces hablando y veces no. A veces trabajando y a veces descansando. A veces sin móviles y a veces de web en web. A veces bien y a veces mal.

Siete hombres con piedad. Tendrán sus bajonazos, sus obsesiones, sus dudas... Pero resisten.

El padre Joaquín acaba de enseñarle al fotógrafo el monasterio y está acabando de hablar por el móvil y de escribir por correo para nosotros, un reportaje extraño de periodista en casa a monje en clausura. Así que le pedimos que bombee una luz al lector enclaustrado.

—Si el confinamiento por el coronavirus se aprovecha para descubrir valores de comunidad frente al individualismo, convivir será una gracia de Dios. En una frase: tiempo de desastre, tiempo de gracia.